

Jesús Fernández Úbeda  
y  
Julio Valdeón

NO LE DES MÁS WHISKY  
A LA PERRITA

VIDA, OBRA Y MILAGROS DE RAÚL DEL POZO

*Prólogo de*  
CARLOS ALSINA

# ÍNDICE

<i>Prólogo</i> de Carlos Alsina .....	11
1. Bienvenido al club de los imposibles .....	17
2. Puso la vida en el tablero, en la barra y el escenario .....	31
3. Ratones coloraos .....	46
4. Se acabó aquel estado de gracia de las noches de Oliver .....	58
5. Dios, bajo la sombra de los granados .....	65
6. Frases cortas que relampaguean .....	73
7. La sierra de los más bellos vocablos .....	81
8. Moisés en el Júcar, Mowgli entre maquis .....	89
9. Errante como Corto Maltés, zurdo como Billy el Niño .....	102
10. Muerte al tópico .....	111
11. El maestro de Uclés .....	119

12. Cuenca, Barcelona, París .....	129
13. Cuando hablamos del desencanto .....	139
14. Zoon politikón .....	148
15. Raúl Júcar .....	175
16. La hermana hermosa: la libertad .....	183
17. En el pórtico abierto a los cielos desconocidos .....	193
18. Phileas Fogg tenía un primo en Cuenca .....	209
19. Un fajo de dinero .....	220
20. <i>Primera plana</i> en el Barrio de las Letras .....	228
21. Por ahí viene don Antonio Buero Vallejo, que en paz descansa .....	244
22. Un ángelus blasfemo .....	251
23. Viaje a Ruletemburgo .....	254
24. Cuando llega la noche parece que la gente se deja arrastrar por un viento de locura .....	261
25. Pisto en la gasolinera a las cinco de la mañana .....	279
26. Cela y Umbral .....	292
27. Los jóvenes airados .....	301
28. Carmen Rigalt .....	311
29. Las novelas de la memoria .....	322
30. Un hombre enamorado .....	335
<i>A modo de epílogo</i> de Raúl del Pozo .....	355

# PRÓLOGO

## ADVERTENCIA SINGULAR

¡Sáltate el primer capítulo, Raúl! ¡Los autores tontean con la parca! Se permiten hacer broma con tu muerte, malditos ellos y maldita la gracia. No leas el comienzo. Fantasean con el día en que un municipio de tamaño medio le ponga tu nombre a una plaza. O algo peor, ¡cuando bauticen con tu nombre un parque! O peor aún, un centro cultural de paredes de hormigón y puertas de vidrio templado, como si fueras Lola Flores. O más muerta que Lola, como si fueras la Pasionaria. No te va a gustar cómo empieza este libro porque anticipa tu necrológica —¡canallas!— aun sabiendo que gozas de una salud vital extraordinaria. Tu gozo es el nuestro, Raúl del Pozo. Una vida como la tuya solo cabe calificarla de sana.

## SUCEDIDO

A media tarde del viernes 5 de junio de 2020, con España en estado de alarma por culpa de una epidemia que aniquilaba an-

cianos, recibí una llamada de José María García. «El halago debilita», me dijo, «pero a ti puedo decírtelo porque sabrás encajarlo». Me puse en guardia. Cuando García hace preámbulo, o está envolviendo una caricia en estraza o está enfilando la cerbatana. «Han sido los mejores cuarenta minutos de radio que he escuchado nunca», afirmó con su irrenunciable estilo hiperbólico. «Yo no abrí la boca», repuse, más por fidelidad a los hechos que por modestia desacostumbrada. «Lo sé», me dijo García, «por eso te llamo. Raúl y Vicent han estado soberbios. Tú, callado. ¡Qué buena radio!».

Por la mañana, en el programa, habíamos citado a Manuel Vicent, que estrenaba libro, y a su vecino Raúl del Pozo. Ambos recelan de quien cuenta batallitas y ambos nos regalaron cuarenta minutos de gloria contándolas. El poeta Arcadio, asiduo del Café Gijón, murió fulminado mientras disfrutaba de una paella. Empotró la cara en el plato y gritó la gente: «¡Se ha muerto Arcadio, se ha muerto!». A lo que el dueño respondió preguntando: «¿Había pagado?». Le retiraron el plato y lo sirvieron en otra mesa porque, exceptuando el impacto, permanecía intacto. En el quirófano, antes de ser anestesiado, Fidel Castro advirtió a los médicos que iban a operarle del intestino: «Aténganse ustedes a las consecuencias si me despierto con un ano artificial». Exigía seguir cagando por donde lo había hecho desde que era muchacho.

Mientras Vicent contaba lo del ano castrista las risas de Raúl se escuchaban de fondo, enriqueciendo con su jolgorio el relato. Cuántas veces no se habrán escuchado el uno al otro estas historias, siempre iguales y siempre mejoradas. El talento al servicio del embellecimiento de la anécdota. El humor como primer mandamiento de la memoria.

## CELEBRACIÓN

La risa de Raúl del Pozo es una fiesta. Al reír, se aviva a sí mismo para reír más. Al reír contagia su risa, multiplica la juerga y la socializa. No hay acto de generosidad más estrictamente humano. De Raúl dice Carmen Rigalt en este libro que tiene un lado infantil, como un niño que se alimenta de cariño. Lo secundo. Es un niño, sí. Un niño torpedero que abre boquetes en los gobiernos dando conversación a gargantas de seda. Un niño campeador que desnuda falsarios y prepotentes. Un niño puntillero que remata golpistas y faroleros. Pero niño, después de todo.

En una de las primeras tertulias que hizo conmigo en la radio, Raúl le metió un rejonazo letal a no recuerdo qué ministro. Yo fingí escándalo para reforzar el efecto dramático: «Pero hombre, Raúl, ten un poco de piedad». Al terminar vino a preguntarme, preocupado: «¿No me habré pasado?». Es frecuente que Raúl inquiera si se le fue la mano o se quedó corto, como si en el fragor de la conversación perdiera el sentido de la medida y agitara la mesa demasiado o demasiado poco. De una declaración política que los demás diseccionamos con celo él dirá que es una gilipollez (y luego se lamentará por si pudo parecer que nos llamé gilipollas). De un lance parlamentario que nos parezca arrabalero él dirá que para ver ursulinas se inventaron los conventos (y luego se lamentará por si pudo parecer que hacía apología de la gresca).

He visto a desahogados líderes políticos, entrevistados en el programa, agradecerle a Raúl, creyendo recibir un elogio, la más audaz de las estocadas. He visto contertulios desconcertados al escucharle evocar que un artista de cine navegaba «lo mismo a vela que a motor», o que Orson Welles le invitó a una copa y él

temió que quisiera meterle mano. Al niño petardero que lleva dentro solo le mata el aburrimiento. Y la reiteración. Y la conformidad. Y el servilismo. Es el más joven de todos los *opinadores* que yo he tratado. Hay jóvenes que ya eran viejos cuando comulgaron por primera vez y viejos que aún serán jóvenes cuando se abran las puertas del infierno. Raúl es un reportero de ochenta años con veinticinco siglos de lecturas a sus espaldas, que lleva toda la vida preparándose para escribir la próxima columna. Arma un folio nuevo cada día desde hace más de seis décadas y sigue siendo capaz de sorprendernos. Eso no es un columnista, es un milagro.

¡VIVA EL VINO!

El reportero ama la noticia. El escritor ama el texto. No fue fácil convencerle de que escribiera de nuevo para la radio. Ahí, el de Cuenca se me puso estrecho. Lo atribuí primero a que no soy Jesús Quintero. Ni Concha, ni Del Olmo, ni Lorenzo. Luego entendí que al respeto que aún le impone la palabra escrita se añade el respeto por la palabra dicha. El escritor ama el verbo preciso, la cadencia de la frase, el color, el tono, ¡el fognazo imprevisto que lo revienta todo y deja al lector pasmado! En el programa de radio, el lector es el escritor. Raúl nos sirve a sus oyentes los tres folios de letra grande, a doble espacio, que él mismo ha cocinado para nosotros. Eso le impone. Sabe que sonará su teléfono (el tono de llamada son ladridos) en cuanto haya terminado. «¿Qué tal leí?», preguntará él. «Mejor que otras veces», le dirá alguno de sus amigos, más para tocarle las narices que para darle ánimos.

Su sección la llamamos «Viva el vino» porque daba igual como se llamara. Es una exaltación de la vida en libertad, de la lengua y de las ideas. Por su estilo (el de Raúl) y por su independencia (la de Raúl) constituye hoy una rareza. En un país en el que todo aquel que tiene un micrófono se ha entregado al sermoneo, la genuina columna radiofónica es la suya. Despunta como autor característico sobre la vasta legión de sermoneros que formamos el resto. Él es el autor demócrata que convoca a Cicerón y a Quevedo sin ánimo de exhibirse y con la naturalidad de quien se ha demostrado inmune a la fatuidad y la pedantería. En Raúl no cabe la impostura. No se finge humilde. Es humilde incluso cuando intenta no serlo.

Los viernes se aparece en el estudio de radio media hora antes de que empiece lo suyo y se sienta en las butacas del público como si fuera un espectador crítico. Al niño jaranero le gusta que se note su presencia. Jalea a los colegas que intervienen en antena para que se den cera. Agradece el café que le trae la productora del programa, «esta chica es maravillosa». Justo antes de las ocho, mientras emitimos un bloque de publicidad, él le pregunta por mí a Latorre, como si yo no estuviera. «Este Alsina, qué raro es, ¿verdad? Parece buena persona, pero ¿a ti qué tal te trata?».

Cuando yo inicio mi homilía, Raúl se coloca los auriculares y reacciona con gestos a lo que voy diciendo. Si cometo el error de incluir una frase hecha —marear la perdiz, verso suelto, jaula de grillos— el gesto se convierte en aspaviento. Se divierte exagerando la queja y censurándose luego por haber caído en la vulgaridad, «tú eres un intelectual, no puedes rendirte al tópico». Exagera también el elogio cuando el monólogo le ha parecido rotundo o corrosivo: «Hoy te has arrimado», me dice satis-

fecho, «¿y ahora qué digo yo si ya lo has dicho tú todo?». Los dos sabemos que aunque abordemos el mismo asunto, él siempre lo hará con más talento. Yo me entretengo explicando las cosas, él dispara dándolo todo ya por explicado. Cuando abandona el estudio aún permanece en el aire el humo de la pólvora del último pistolero.

Se me quejó de la frase que empleé para introducirle: «Cuando tú quieras, maestro». Lo de «maestro» le resultaba pretencioso y temía que se pensara que lo había elegido él. Fingí engañarle inventando que era una evocación de su juventud como docente y lo dejó pasar. Él no se ve como maestro de nadie. No le llames «referente», que te devuelve el insulto. Pero yo opino que a Del Pozo, como a otros veteranos del oficio, les debemos todo lo que hoy somos. No es que tengan derecho a seguir apareciendo en los diarios, la radio y la televisión, es que habrían de tener un sillón con su nombre en cada plató y en cada estudio para que vengan a echar un rato cuando ellos quieran. El magisterio no se compra. En el caso de Raúl, es un regalo.

CARLOS ALSINA

## BIENVENIDO AL CLUB DE LOS IMPOSIBLES\*

J. F. Ú.

**H**agamos un ejercicio de fantasía: imagine el lector —encantado de saludarle, sea bienvenido— que el periodista y escritor Raúl del Pozo Page se hubiera montado ya en la patera de Caronte. Si lo prefiere, por no comenzar este relato de un modo tan macabro, pongamos que hubiese nacido en el Camden londinense, en el Greenwich Village neoyorquino o en el barrio romano de Ostiense, que ahora es pasto de la gentrificación. En tal caso, apostarí a mi colección de discos inéditos de David Bowie a que las más prestigiosas universidades celebrarían simposios de todo tipo en su honor. Cierre los ojos, comprobará que no es en absoluto difícil, y mírelos —en su imaginación, claro—, tan bien vestidos, tan repeinados, tan perfumados, a esos concejales de cultura inaugurando plazas, jardines y polideportivos —¿por qué no? En la posmodernidad se ve de todo— con

---

\* Algunos títulos de capítulos son versos sacados de canciones. Se indicará cuando así sea. En este caso, sale de «El club de los imposibles», del disco *Flamingos*, de Enrique Bunbury.

su nombre. No pocas ninfas *millenials* se tatuarían en un muslo «No es elegante matar a una mujer descalza» y lo exhibirían en sus cuentas de Instagram. Oh, sí. ¿Acaso no es evidente? Como poco, los *hipsters* de Malasaña lo venerarían como al borracho e inaguantable fanfarrón de Hunter S. Thompson.

Sin embargo, como Raúl nació en La Torre, una aldea serrana de Cuenca y, por fortuna —al menos, para quienes le queremos— está vivo y cuenta con una salud portentosa, su cara no aparece en las tazas que regalan las librerías de modernos por la compra de dos libros de bolsillo. Ningún español vivo es profeta en su tierra, excepciones al margen. Cuando Raúl la diñe, los periódicos más importantes del país —salvo uno, o no, a saber— llevarán la necrológica a sus respectivas portadas. Los informativos pondrán fragmentos de sus intervenciones en las tertulias televisivas. Alguna editorial mastodóntica recuperará algunas de sus novelas olvidadas. A necrófilos no nos gana nadie. Ni Ed Gein.

Pero, hasta entonces...

Por otra parte, cabe señalar que Raúl goza de un prestigio profesional magnífico que revitaliza, actualiza y engorda a diario, ya sea desde su columna en *El Mundo*, «El ruido de la calle», ya sea desde sus intervenciones en *Más de uno* o en *Espejo público*. Raúl no juega en el equipo de Homero, sino en el de Plutarco, a quien se le atribuyen las siguientes palabras: «A veces, una broma, una anécdota, un momento insignificante, nos muestran mejor a un hombre ilustre que las mayores proezas o las batallas más sangrientas». Su actividad periodística y literaria parece bendecida por Dorian Gray: hay tipos con treinta años más carcamales, en forma y en fondo, que este mozo galante de ochenta y cuatro años alérgico a las batallitas. Por eso, para muchos, y para muchos

jóvenes, es un referente venerable, el último ejemplar vivo de una estirpe de periodistas que fumaban y bebían en las redacciones, que expresaron y que lucharon, sin aspirar a ser *trending topics* o líderes de una ONG, por una libertad que hoy presenta síntomas de tuberculosis, y que creían que una exclusiva era el bien máspreciado del planeta. Mi querido compañero, el periodista Julio Valdeón, preciso como Guillermo Tell, lo definió como «el último pistolero» en una columna que publicó en *La Razon*. Hizo pleno en la quiniela: no se me ocurre mejor apodo.

—Todo eso son exageraciones tuyas —me dijo Raúl tras leer estos párrafos—. Hay mucha gente que no me conoce y también gente que me detesta. Hay quien me dice que nunca he podido ir a la Academia porque tengo faltas de ortografía.

—Tu modestia sí que es admirable.

—He aprendido el oficio y, cada día, quiero escribir el mejor artículo de mi vida. Trabajo para ser el primero, pero solo consigo ser uno de tantos. Además, vivimos una época posliteraria. Ahora los famosos son los futbolistas; ser columnista es una puta mierda.

Conocí a Raúl el 9 de agosto de 2013. Me gustaría decir que tengo la fecha grabada a fuego en la memoria; en realidad, para comprobarlo, he tenido que acudir a mi perfil de Facebook, ese primo hermano pijiprogre, neoliberal y amable de la Stasi, donde colgué una fotografía de nuestro primer encuentro. En la imagen, Raúl posa en medio, con una camisa blanca de lino y un pantalón como de cazador de safari; a la izquierda, se encuentra un amigo mío de la facultad, el también periodista David García; a la derecha, servidor de usted, querido lector, con una barriga no tan pronunciada como la que tengo hoy y, al menos, con la misma cantidad de pelo —con algo hay que contentarse.

Acudí a Raúl porque quería su testimonio para un reportaje que estaba escribiendo sobre Francisco Umbral. El texto lo publiqué en *Unfollow Magazine*, una revista digital que, al poco de ficharme, fue engullida por ese Saturno voraz, inmisericorde y asesino que fue la crisis que sufrieron los medios, sobre todo, entre 2008 y 2015 —en ese periodo, 12.000 periodistas perdieron su empleo y 375 diarios, revistas, cadenas de televisión y de radio o agencias de prensa cerraron—. Me presenté ante Raúl con el pañal puesto, como Moisés cuando se plantó delante de la zarza que ardía y no se consumía. O sea, acojonado vivo. Copón bendito: ¡estaba ante Raúl del Pozo, el gran periodista, el tertuliano de ironía sulfúrica, el que me podía quebrar las rodillas, como los romanos despachaban a los crucificados más resistentes, en cuanto patinara con cualquier idiotez de becario virginal!

Antes de continuar, permítaseme un apunte: yo no soy de la escuela de Umbral, si es que la hay. He leído quince o veinte libros suyos, por no decir veinticinco o treinta. He disfrutado y disfruto mucho su prosa, pero nunca lo he sentido como un *padre* literario ni, mucho menos, periodístico. No soy umbraliano. Nunca he tenido la ilusión o el temor de que se me compare con él. Por varios motivos: uno, no soy columnista; dos, por el trabajo que suelo hacer, el reflejo de su influencia es, o al menos, eso creo, demasiado difuso, y tres, no quiero pertenecer a esa catterva tardoadolescente, masificada y defectuosa de imitadores llegados de AliExpress.

Meten la pata hasta el cuadril aquellos que dicen que Raúl es el sucesor de Umbral, salvo que se limiten a señalar, de manera topográfica, que es quien escribe la última columna de *El Mundo*. En las columnas de Umbral apenas hay atisbo de periodismo, mientras que en las de Raúl siempre hay un deje informativo, un

simulacro de exclusiva. En sus párrafos trasciende un instinto incontrolable de contar algo que solo él sabe. Lo suyo no es la pontificación ni la todología. Opina, sí, pero opina menos que cualquier otro. No sé quién dijo que un columnista debiera ser un reportero retirado. Antes que predicador, Raúl fue reportero y, en «El ruido de la calle», ejerce como tal. Como, por un lado, yo quería ser reportero y no columnista y, por otro, Umbral acababa de morir cuando empecé a estudiar Periodismo en la Complutense, y no me cocí con sus columnas, sino con los textos literarios, líricos, llenos de referencias, sí, pero también rabiosamente informativos de Raúl del Pozo, a quien tomé de referencia no fue al finalista del Planeta por *Pío XII, la escolta mora y un general sin un ojo*, sino a la primera persona que habló del caso Bárcenas en un periódico español.

De ahí que aquella tarde del 9 de agosto del 2013 me presentara ante Raúl temblando como un hombre de gelatina montado en un toro de rodeo. Sin embargo, el que, en mi opinión, es el sumo sacerdote del periodismo español no solo no me fulminó como Zeus a Asclepio, sino que, tanto con David como conmigo, fue encantador, generoso y humilde como ningún otro periodista consagrado —y sin consagrar— lo había sido antes. Se interesó por nuestro estado laboral, nos animó a fundar el nuevo *New York Times* desde un blog y nos intentó emborrachar con un vino de Málaga que le había regalado, me parece, el editorialista de *El Español*, Jesús Nieto Jurado.

La fecha no la recordaba, pero sí que guardo en la memoria dos frases que Raúl me dijo en el día en que nos conocimos. La primera: «Las mujeres más interesantes de Madrid se encuentran en el Museo del Prado», y la segunda: «El columnismo es una puta costumbre española, como la Guardia Civil, El Corte Inglés

y la zarzuela». Esta última la pronuncié —citando al maestro, claro está— en un homenaje que le hicieron a Umbral en el Café Gijón hace un par de años, por el Día del Libro, creo, no para atizar al autor de *Mortal y rosa*, sino para denunciar la escasez de reporteros y la plaga de aspirantes a columnistas que hay no solo en los medios de comunicación, sino en las facultades —«Antes, los jóvenes periodistas querían ir en un tanque con los guerrilleros, al lado de una chica con flores. Querían ser Miguel de la Quadra-Salcedo y Pérez-Reverte. Luego quisieron ser columnistas, pero ahora, como pagan tan poco, han cambiado de opinión: quieren ser estrellas de la tele o del corazón», me dijo Raúl en una entrevista que le hice en *Zenda*—. Al camarero del local, José Bárcena, le sentó lo que dije como un puñetazo en el estómago y, ofendido de una manera que no llegué a comprender —y en esas sigo—, me echó un sermón sobre el instinto literario de Umbral, su inimitable estilo —los *umbraliers* siempre sacan a relucir el estilo, joder— y su genial personalidad.

En resumen, el 9 de agosto de 2013 es uno de los días más importantes de mi vida porque conocí a mi amigo —qué palabra tan hermosa: juega en la liga de «mujer» y de «gracias»— Raúl del Pozo.

Gracias por recordarme la efeméride, Zuckerberg.

La Esfera de los Libros me encargó escribir, junto al compay Valdeón, una biografía de Raúl del Pozo. Blanco y radiante, como la novia de la canción de Antonio Prieto, le llamé por teléfono para decirle que me sentía muy afortunado, etc. y para manifestarle que, por mi parte, nos poníamos a trabajar ese mismo día. Acelerado, como un publicista en un *after*, transmití mi total dis-

posición y mi entusiasmo envuelto en un paño húmedo y pegajoso de histerismo posadolescente.

—No hagas una hagiografía ni, mucho menos, una biografía canónica —me advirtió—. Las mejores biografías las escribieron Plutarco y Suetonio. A partir de ahí, todas son de cartón piedra. Tú haz otra cosa. Inventa si es necesario. Eso sí, sin mentir. La literatura es contar con exactitud cómo son las cosas en la vida. En periodismo vale la invención; en literatura, es mejor contar la verdad.

Durante las primeras semanas de trabajo, Raúl se negó a hablarme de su vida. Me daba largas persuadiendo, con una cortesía efectivísima, curada en barrica de roble francés, alegando compromisos o comentando la noticia del día. Si me ponía pesado con un tema o, directamente, le tocaba las pelotas con mi insistencia, guillotínaba la conversación con un «no me apetece hablar de eso».

—Hoy he leído que el deshielo de los polos puede liberar virus que llevaban congelados miles de años. La especie humana se puede extinguir: si cayeron los dinosaurios, bichos que medían hasta treinta metros, ¿cómo no va a desaparecer de la faz de la Tierra este mono asesino y engreído? Cuando te enteras de estas cosas, cuando eres consciente de que el apocalipsis real, no el místico, está tan cerca, de verdad, ¿qué interés tiene que yo te cuente que una vez estuve con Orson Welles tomando vino caliente?

En la que, en teoría, iba a ser la primera sesión de, digamos, *fracking* informativo, me presenté en su casa con un cuestionario enfocado en su infancia. Cuando le hice la primera pregunta, se indignó:

—¿Pero qué ordinariez es esa de empezar un libro con la infancia de uno?

Y, acto seguido, añadió:

—Por cierto, antes de que se me olvide: no pongas en mi boca que yo me he acostado con una u otra señora. Nunca diré si he estado con Fulana o con Mengana. Eso es de miserables y de cabrones. Yo no hago lo que Coll, quien, cuando le preguntaban si se había tirado a Ava Gardner, respondía: «No digo ni que sí ni que no».

Ya sabía que Raúl del Pozo, un tipo golfo y seductor, un prolífico casanova «con erótica» (Paco Rabal), era alérgico al pavoneo. Raúl es la antítesis de Dominguín: en ningún momento saldría corriendo de la cama para divulgar que había pasado una noche con la actriz más guapa del mundo. Su discreción sexual bien podría calificarse como «antipatriota».

Uno de sus mejores amigos, Arturo Pérez-Reverte, ya me había avisado:

—Raúl, durante muchos años, ha sido muy discreto para no dañar a Natalia —su difunta mujer—. Entonces, esa prudencia le queda como reflejo. Él nunca ha alardeado de sus conquistas.

—¿Es verdad que triunfaba tanto con las mujeres o hay algo de hipérbole?

—Raúl folló muchísimo, muchísimo. En mi última etapa en *Pueblo*, yo tuve un equipo de reporteros. Ya me iba a la guerra, pero era jefe de reporteros. Y se trincó a una reportera joven que llegó. Y una vez, me encerré con él en un despacho y le dije: «Raúl, que sea la última vez que te acuestas con una becaria mía. Esto es para trabajar». Él me negaba todo: «No, no sé de qué me hablas». Le respondí: «Sí, sí sabes de qué te hablo. No me jodas, no me alborotes el gallinero».

El académico insistió en la estricta y acerada discreción de Raúl:

—Raúl ligó muchísimo, pero no era de los que alardeaban, exhibían y contaban. Para empezar, cuando empezó con Natalia, él

ya tuvo mucho cuidado. Y ha sido muy prudente con ese tema. Mientras el hijo de puta de Umbral procuraba contar todo, y lo exhibía, y lo publicaba y tal, Raúl hacía justamente lo contrario. Frente al exhibicionismo de Umbral estaba la discreción de Raúl. Y Raúl ha tenido mucho más éxito con las mujeres que Umbral, ha sido más guapo y tal, pero nunca ha sido exhibicionista.

La periodista Pilar Cernuda también suscribió esta tesis:

—Raúl ha tenido sus amantes, las ha tratado muy bien y, hasta donde yo sé, no hizo daño a ninguna; de Umbral, a quien conocí mucho, no puedo decir eso.

Así pues, los primeros encuentros que tuve con Raúl con motivo de la redacción de este libro fueron tan yermos, resecos y estériles como el cauce del Cigüela en julio. Yo llegaba a su casa, más o menos, a eso de las seis de la tarde, y o bien lo encontraba rematando el artículo que publicaría en *El Mundo* al día siguiente, o bien mirando Twitter y leyendo, horrorizado y, a la vez, divertido, los comentarios que usuarios como «Lozano69», «Destructor\_cobra» o «Afrodita\_tendenciosa» le dejaban en la versión virtual de sus textos.

—Hoy solo me han insultado doce veces.

—Debes esmerarte más.

Un par de semanas después, me dijo Federico Jiménez Lo Santos al respecto:

—Yo también me leo esos comentarios. Eso es muy de pueblo. Sé que un 60 por ciento serán injurias, calumnias y tal, pero siempre hay alguien que te dice algo interesante. Hay medios en los que es difícil. En *Libertad Digital* los he quitado, pero en *El Mundo* hay gente que cuenta cosas. Y a Raúl, que siempre es

un personaje en busca de una columna, creo que le viene bien, le gusta.

Y el jefe de Opinión de *El Mundo*, Jorge Bustos, me contaba en el mismo sentido:

—Me llama mucho la atención la influencia que tienen sobre él las redes sociales. Muchas veces son una letrina infecta de insultos, vejaciones y persecuciones. Él está en Twitter desde el primer momento y, aunque no tuitea mucho, lee todo lo que se le contesta. También lee los comentarios de sus columnas en la web. Claro, me llama muchos días preocupado porque no entiende por qué se le insulta, cómo es el mecanismo irracional de ataque. Él está acostumbrado a la prensa clásica, donde tú no te enterabas de quién se cagaba en tu puta madre en la barra del bar al leer tu columna; ahora te llega, te lo hacen saber. Y eso le desorienta: unos días le llaman «rojo de mierda» y «comunista», y otros «derechista que se ha pasado al golf». Y dice: «Pero a mí lo que más me jode no es que me llamen rojo o facha: es que me llamen viejo». Eso lo entiendo muy bien: si Raúl es algo, es un columnista perennemente joven. Hay columnistas muy jóvenes que huelen a viejo y hay columnistas viejos que huelen a joven. Y Raúl es uno de ellos.

La perrita de Raúl, Dana, una coton de Tuléar pequeña, peluda y suave, pero con más mala leche que el burro cursi de Juan Ramón, como poseída por Yoko Ono, inundaba el despacho con sus infantiles, antipáticos e inaguantables ladridos dirigidos contra mí.

—Perrita, tranquila —intentaba calmarla Raúl.

—¿Se va a callar alguna vez?

—No se fía de ti.

Los días y las semanas pasaban haciendo caminos sobre la mar, yo no tenía ningún material no ya potente, sino digno pa-

ra empezar a escribir un libro, y debía encontrar una solución para sacar el proyecto adelante. Viendo que penetrar en la roca era difícil, por no decir imposible, se me ocurrió bordearla. ¿Cómo? La respuesta la obtuve tras ver en YouTube un vídeo en el que Juan Joyas, *El Risitas*, le contaba a Jesús Quintero cómo la marea se había tragado unas paelleras del restaurante en el que trabajaba.

Llamé a Raúl:

—Oye, ¿tú no fuiste guionista de Quintero durante un tiempo?

—¡Uff! Por lo menos quince o veinte años.

Con una sensación parecida a la que tuvieron los apóstoles cuando recibieron el Espíritu Santo el día de Pentecostés, decidí que me iría a Huelva a entrevistar al Loco de la Colina. Me propuse arrancar la historia de Raúl, un señor que no quería contar su vida, abordando a otro que había hecho 5.000 entrevistas en treinta y cinco años de carrera, pero que llevaba más de un lustro sin abrir la boca en un medio de comunicación.

—¿Vamos juntos? —pregunté a Raúl.

—Yo de Madrid no me muevo. Salir de Madrid es un error. Yo, de Madrid al tanatorio; al Cielo no, porque no existe.

Localicé a Jesús Quintero, le expliqué mi plan y, lejos de poner trabas, se mostró entusiasmado con el proyecto. El presentador me habló maravillas de Raúl, me lo definió como «un historiador del presente: no es un escritor de periódicos, sino un escritor en periódicos, el Paco de Lucía de los columnistas» y, generoso, me dijo: «Lo que necesites. Por Raúl hago lo que sea». Así, acordamos que yo viajaría a Sevilla, donde reside, el martes 23 de ju-

lio. El plan pasaba por comer juntos y pasar la tarde conversando sobre nuestro amigo en común.

La charla telefónica fue amistosa y breve y, si bien no dio para mucho, el gran entrevistador patrio, uno de mis ídolos más venerados, me contó una anécdota muy divertida:

—Una vez fuimos al bingo Raúl, el Beni de Cádiz, que era un *cantaor* extraordinario, amante de Ava Gardner y al que le dieron una paliza los guardaespaldas de Sinatra, y yo. El Beni no paraba de fallar y, en un momento dado, se subió encima de una mesa y gritó: «¿Dónde leches compráis los cartones?».

En el siguiente encuentro que tuve con Raúl, le dije que tenía atado al Loco de la Colina. Raúl lo celebró y lo consideró un hito, una vez que el comunicador onubense es esquivo como una lagartija de mercurio y se camufla con la maestría de un camaleón.

—Mañana llamo a la editorial, les digo que me paguen el AVE, que son unos cien euros, y el martes bajo a Sevilla.

—Parece que naciste ayer —me dijo Raúl—. La editorial no te va a dar un duro. Toma.

Y me puso en una mano tres billetes de cincuenta euros.

—El tercero, por si te tienes que quedar a dormir.

En la mañana del lunes 22 vi en mi móvil que tenía tres llamadas perdidas de Quintero. Le telefoneé a eso de las diez y media y me contó compungido que, mientras pasaba el fin de semana en Portugal, empezó a sentirse mal y que no se encontraba en condiciones de hacer ninguna entrevista. Me pidió disculpas, le solté el típico «no importa, mejórese» cargado, en realidad, de ira contenida y de resignación, y quedamos en vernos la semana siguiente.

Llamé a Renfe para cambiar los billetes, di los códigos que me pedían y me contaron que, de ninguna manera, podía alterar

el viaje. Motivo: no los compré en la web oficial, sino en una página llamada *Trenes.com* y, además, sin marcar ningún seguro de cancelación o modificación.

El no-viaje a Sevilla costó ciento diez euros con ochenta céntimos.

Mis padres, un matrimonio humilde y trabajador de un pequeño pueblo de Ciudad Real, siempre me instaron a «ahorrar una peseta». En mi familia no hay marqueses, consejeros de urbanismo, grandes empresarios, famosos del corazón o fatuos *instagramers*. En general, la manchega es una sociedad conservadora en lo que se refiere a la gestión del dinero. «Cada duro que ha ganado le ha costado muchísimo —me dijo José Mota, que es paisano—. Yo no sé si el paisaje termina por conformar el paisanaje. Quiero pensar que sí. Y que esa llanura tan grande al manchego le da una vista larga y un paso corto».

Hace no mucho, mi compadre Jeosm, el fotógrafo de la revista *Zenda*, me contó que fue a hacer no sé qué —era legal, supongo— a una fábrica de un pueblo de Toledo. El tío que le guiaba por el inmueble apagaba y encendía las luces de las habitaciones según se las iba enseñando.

—Es para ahorrar.

Según me relató Jeosm, el tipo del almacén le dijo que era de Ciudad Real. Y se acordó de mí y de José Mota.

Al final, cuando uno lleva treinta años escuchando que hay que ahorrar, termina por interiorizar el estribillo y por convertirlo en un dogma cotidiano e inconsciente. En ese sentido, he superado con creces los parámetros marcados por mis padres. Por ejemplo: cuando cursaba cuarto de Periodismo, vivía con mi mejor amigo en un frigorífico de tres habitaciones y sesenta metros

cuadrados ubicado en la calle Ferraz. Nunca poníamos la calefacción —mi compadre también es miembro honorario de la cofradía del puño cerrado—, ni cuando colgaban estalactitas de nuestras fosas nasales ni cuando en la bañera encontrábamos pingüinos. En invierno, en esa casa hacía tanto frío que, al hablar, el vaho saliente de nuestras bocas refulgía, como auroras boreales *low cost* que olían a macarrones con tomate mal digeridos. ¿Cómo nos adaptamos a la tundra? Convirtiendo las mantas de nuestras camas en túnicas, hibridando la moda romana con la esquimal.

Creo que hay dos tipos de austeridad. Por un lado, está la austeridad activa. Simplificando, es la del rata, la del rácano, la de quien prefiere viajar con Ryanair y comerse un retraso de dos horas y cuarto en Barajas en lugar de hacerlo con, yo qué sé —no soy ducho en aerolíneas—, Lufthansa, porque la compañía irlandesa, pese a su más que generoso catálogo de incomodidades, hace el mismo trayecto por quince euros menos que la alemana.

Luego está la austeridad pasiva, que es la que implica a terceros, sobre todo —por no decir exclusivamente— a familiares y amigos. Se manifiesta cuando el sujeto necesita un favor o, fuera eufemismos, dinero. Me da mucha vergüenza pedir y, cuando lo hago, demando lo básico. Trato a todo el mundo como si fuera mileurista.

Por eso, para ahorrarle veinticinco euros a mi querido Raúl del Pozo, en lugar de hacer en tren el trayecto Madrid-Huelva para entrevistar a Quintero —estaba pasando unos días en su casa próxima a Punta Umbría—, instalé en mi teléfono móvil la aplicación de Blablacar y, el lunes 29 de julio, fecha en la que el *Loco* me citó finalmente, crucé media España en un coche con dos estudiantes onubenses y una podóloga de Aranjuez que trabajaba en Mérida.